

A pesar del primer texto de Milani que aquí sigue, todos sus escritos confían en cada maestro que quiera mejorarse. *La misma Carta a una maestra es una mano tendida a quien quiera ayudar a los chicos...*

El maestro milaniano

Miquel Martí Solé

Para Milani el requisito esencial para ser maestro es la formación y el compromiso en cuestiones sociales, lo que le permitirá ser, con palabras de Paulo Freire, *agente de cambio social*. Es el mismo requisito que exige al sindicalista y al cura.

La actualización o el reciclaje del maestro ha de centrarse no sólo en cuestiones pedagógicas y psicológicas, sino que ha de proporcionar también unas herramientas de análisis social. El maestro ha de saber situarse en la sociedad global, identificar a los opresores y a los oprimidos, descubrir los mecanismos del poder político, económico o religioso y tomar una posición clara al respecto.

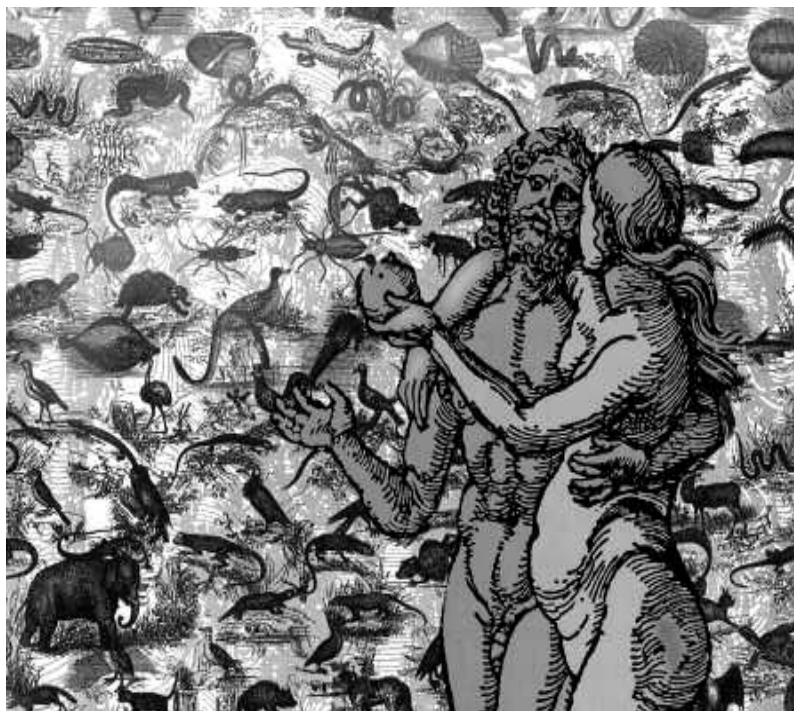
Algunas pedagogías modernas tienden a diluir la función del maestro, atribuyéndole sólo un rol de *animador*, *facilitador*, *suscitador* de la tarea educativa. Milani reivindica, en cambio, una autoridad fuerte del maestro, la cual no se puede tachar en ningún caso de autoritarismo, sino de prestancia moral. La tarea educativa y el acceso al conocimiento ha de ser ciertamente una construcción colectiva y democrática, como auspician los teóricos del *constructivismo* y de las *comunidades de aprendizaje*, pero el maestro ha de tener bien claro de dónde se parte y adónde se va.

El punto de partida será una clase cada vez más *desigual*, debido, sobre todo hoy, al fenómeno de la inmigración. El maestro milaniano deberá aplicar desde el primer día el principio democrático del *trato desigual*, favoreciendo a los más débiles para compensar la desigualdad que se da en la sociedad global.

Aplicando otro principio milaniano, el avance en la adquisición de conocimientos se ha de efectuar de manera conjunta, sin dejar rezagados. Que los alumnos que saben más ayuden a los que saben menos, aunque esto suene a paternalismo. La escuela de Barbiana, funcionó con 30 alumnos y 23 profesores, porque, a excepción de los siete más pequeños, todos hacían de maestros de los que seguían.

La tarea educativa no tiene un punto final, está abierta a la *utopía creadora* de una sociedad donde se ejerce la tolerancia, se practica la auténtica democracia, se respetan todos los derechos humanos y se goza de la diversidad cultural.

Esta utopía no solamente *es posible*, como afirma el movimiento de Porto Alegre, sino que *es factible*. Solamente con esta perspectiva utópica gozaremos de nuestra condición de docentes.



BARBARA